

¿Qué ha pasado ahora para que, sin que nadie interviniese, Chaplin haya decidido liberar las películas? Al llegar a París para asistir al reestreno de «Tiempos modernos», Chaplin declaró que se había dado cuenta de que la juventud ya no lo conocía. Y que deseaba un reencuentro con ella.

«El mundo que describe Charlot es viejo y falso. Las víctimas salen de la miseria por casualidad. La moraleja de que "más vale reírse que llorar" es de una increíble cobardía. Ya no se puede creer en esta imagen», contesta un ingeniero de veinticuatro años a una encuesta realizada por «Le Monde». Otro, estudiante de Arquitectura: «Charlot es políticamente asqueroso. Representa una mentalidad que me repugna. ¿El hombrillo que se va solo por la carretera es un "pre-hippy"? No, un resignado».

«Chaplin me apasiona —contesta un estudiante de veintidós años—. Creo que es algo así como el Molière del cine, el de las bromas cónicas. Se debería proyectar "El dictador" en todas las escuelas, o "Tiempos modernos". Todo es mejor que los lamentos desesperados de la vanguardia, y estoy seguro de que es auténticamente popular».

No hay mayoría de jóvenes en las salas que proyectan los «Tiempos modernos». En realidad, desde hace unos años, hay una boga de otros artistas burlescos de su época, sobre todo de Buster Keaton, a los que se les atribuyen análisis más profundos y menos utópicos de la realidad social en que vivían.

La carrera misma de Chaplin, desde su juventud hasta ahora, ha contribuido a cimentar la acusación de mercantilismo de que hablaba antes. El amor desmesurado por el dinero —explicado por una infancia difícil y por el miedo al futuro— le llevó a abandonar la producción de películas en equipo con Mack Sennett para dedicarse a las suyas exclusivamente. Nadie como él supo dosificar la explotación de sus films, retirándolos de los circuitos cuando salía una nueva película, para que no compitieran inútilmente. La reciente publicación de sus Memorias confirma esta inclinación enfermiza por el dinero y el gusto —malo— que de-

muestra en codearse con los «grandes» de este mundo.

Pero, ¿todo esto puede justificar el desinterés de la juventud?

«No se ha reconocido en los «Tiempos modernos» la primera rebelión de un contestatario (todavía no se había inventado el término) contra la sociedad industrial? ¿No es «El dictador» el primer grito contra Hitler y el fascismo? ¿La máquina de comer sin dejar de trabajar de los «Tiempos modernos» no es la lógica consecuencia del taylorismo y del trabajo en cadena? ¿No se han acelerado las cadencias en las fábricas? ¿No siguen los peones apretando tuercas imaginarias en sus casas, después de haberlo hecho durante todo el día?

Treinta y cinco años después de los «Tiempos modernos», el sociólogo reformista Alfred Sauvy reconoce la actualidad de Chaplin: «Si el capitalismo no sabe ampliar el marco natural del hombre, atenuar los sufrimientos que resultan de todas las transformaciones técnicas y utilizar al trabajador manual inmortalizado por el héroe de Charles Chaplin, deberá ceder la plaza a un dispositivo mejor adoptado a estos fines».

Charlot ha estado siempre, en efecto, del lado de los explotados y de los humillados, pero su humanismo anárquico le ha llevado a dar palos de ciego, sin acertar siempre con el verdadero culpable. Roland Barthes escribe que «históricamente, Charlot encarna más o menos al obrero de la Restauración, al peón sublevado contra la máquina, desamparado por la huelga, fascinado por el problema del pan (en el sentido propio de la pala-

bra), pero todavía incapaz de acceder al conocimiento de las causas políticas y a la exigencia de una estrategia colectiva».

El propio Chaplin ha confirmado el análisis del estructuralista, y explica el desinterés que la juventud demuestra por su obra al declarar a su llegada a París:

«El cine debe ser, ante todo, una diversión. Y ante todo también, debe expresar sentimientos. Que estos sentimientos sean amorosos, sociales, humanistas, estéticos, no tiene importancia. Lo único que cuenta es la emoción que proporcionan. Yo me río de la política y siempre me ref. Me interesa la felicidad y el sufrimiento de los hombres, y no sus causas. Y continúo...».

■ RAMON LUIS CHAO. Foto: MARULL.

## MÚSICA

### Joaquín Homs: la tradición como transformación

La verdad es que me ha emocionado —con una intensidad fuera de toda duda— la mera presencia humana de Joaquín Homs. Con más aspecto de ingeniero industrial que de violonchelista, Joaquín

Homs da constantemente la impresión de estar llevando a cabo una penosa y triple traducción: del lenguaje musical al catalán, del catalán al castellano, del castellano, por fin, a ese insólito mecanismo de sintagmas interpretativos empleados por una sociedad como la nuestra, perfectamente analfabeta en cuanto a música se refiere. Joaquín Homs —y lo afirmo con el mayor respeto— no es un hombre brillante ni ingenioso, sino todo



lo contrario. Haciendo gala de una pasmosa timidez y de una casi inconcebible humildad, Joaquín Homs ha hablado de Robert Gerhard, su maestro, otro gran catalán incomprendido. Robert Gerhard fue el único discípulo español de Arnold Schönberg, el único músico peninsular que, en lu-

gar de cerrar caminos, los abrió. Robert Gerhard —nos contaba Joaquín Homs entre balbuceos admirables— decía que «los que mantienen viva una tradición no son los que se conforman con ella, sino los que la transforman». Pero Robert Gerhard murió en Inglaterra un 5 de enero de 1970 y su muerte pasó entre nosotros sin pena ni gloria; las escasas reseñas de algunos ilustrados no paliaron el bochorno de nuestra inefable incultura musical.

Aún somos herederos, por desgracia, de ese bochorno. El escaso auditorio desperdigado por la sala del Conservatorio de Madrid confirmaba «a sensu contrario» el desinterés del melómano celtibérico por los fenómenos sonoros más trascendentes de nuestra historia contemporánea. El pianista Perfecto García Chornet —a quien yo desconocía hasta ese momento— realizó uno de los más interesantes y difíciles alardes interpretativos que puedan ser escuchados en una sala de conciertos. Las obras de Robert Gerhard y Joaquín Homs hallaron un intérprete adecuado e inteligente. Casi se diría que algunas transcripciones de orquesta para piano —las danzas del ballet «Don Quixot», de Gerhard, o los movimientos IV a VII de las «Presencias», de Homs— no se resentían en absoluto de las lógicas limitaciones determinadas por la reducción de medios expresivos.

Pero quisiera volver a Homs y a lo que él representa entre nosotros. Entre tanto cantamañananas de la música y tanto mandarín del sonido, Homs es un maestro de ecuanimidad. Su explicable devoción hacia Robert Gerhard le honra como hombre y como músico. Yo comprendía perfectamente sus vacilaciones verbales cuando nos hablaba de las mínimas anécdotas que marcaron la niñez y el posterior destino de Robert Gerhard. Y cuando mencionó la entrañable historia del espacio musical —abstracto, pero no inhumano— dibujado por la situación de unos pueriles soldaditos de plomo, no pude evitar el recuerdo de otro músico español, perdido para siempre, que también usaba soldaditos de plomo para componer los movimientos de un ballet interrumpido por la muerte. ■ S. R. SANTERBAS.

### EL TEATRO Y LA VIDA

El pasado día 1, Fernando Fernán-Gómez y su compañía compartieron los aplausos en el Infanta Beatriz, de Madrid, con don Mariano Vinuesa Hernández. Quizá los lectores recuerden este nombre: es el farmacéutico e inspector municipal sanitario de Chinchón, que hace unos meses denunció la contaminación por metílico de una importante cantidad de alcohol destinado a las fábricas de licores de Chinchón y que, a causa de este hecho, tuvo que sufrir duras presiones. El Colegio de Farmacéuticos ha querido rendir un homenaje al señor Vinuesa en este teatro donde se representa el drama de Ibsen, «Un enemigo del pueblo», cuyo protagonista, el doctor Stockman, encarnado por Fernán-Gómez, se enfrenta con todo un pueblo por denunciar la contaminación de las aguas de un balneario, vital para la economía de la ciudad. El presidente del Colegio de Farmacéuticos impuso, asimismo, la insignia de oro de los farmacéuticos a Fernando Fernán-Gómez.